

SER EUROPEO HOY

(*In Memoriam* Jorge Semprún)

La muerte de Jorge Semprún nos deja huérfanos. No sólo de uno de los testimonios más vivos y lúcidos de nuestra época, sino de ese profundo latido europeo que ajustadamente encarnaba y que va desapareciendo con él. A sus ochenta y siete años no era precisamente un viejo evocador de paraísos perdidos: más bien, si convocaba el pasado era para iluminar el futuro, testimonio de un siglo XX generador de atrocidades y sufrimientos, multiplicadas sus víctimas hasta la infinitud. Ha sido actor y ha sido testimonio de ese siglo europeo, de ese espíritu creador de ideas y fundador de legitimidades renovadas, a la vez que estímulo – por lo menos hasta la década de los noventa- de nuevas articulaciones soberanas para una paz duradera que ha sido Europa. Porque Jorge Semprún ha nacido y ha vivido naturalmente como europeo cualquiera que fuera su mirada: una mirada francesa – tradición y cultura, cosmopolitismo - , una mirada española – radicalidad, casticismo, sentido de lo universal - pero también una mirada centroeuropea – su grito desde Büchenwald, marcándole profundamente en una herida humana abierta y solidaria – o una mirada griega y mediterránea – perceptible en el guión escrito con su amigo Costa-Gavras, personificando las complicidades democráticas de la resistencia a las dictaduras en la historia del asesinato del diputado “Z”, de facto Grigoris Lambrakis.

¿Qué es ser europeo hoy, en este siglo XXI occidental tecnificado, desarraigado, descomprometido? Un “hoy” europeo en que el acceso a grandes cantidades de productos o de servicios viene acompañado de profundas carencias, entre ellas la carencia de significados, y de la ausencia de proyectos humanos colectivos. Europa refleja, quizá más que ninguna otra región del mundo, los síntomas de ese desajuste occidental, en el decir de Georges Corm. Perdidas nuestras hegemonías, somos más móviles pero más egoístamente desarraigados e imperturbables. Ser europeo hoy ¿no debería consistir en *hacer nuestra la resistencia* de Rossi y de Spinelli, hablar como Semprún *con la palabra* cualquiera que fuese la lengua sentida y elegida para transmitirla? ¿No sería asumir de nuevo, como aquéllos hicieron en su *Manifiesto* desde la prisión de Ventotene, que - queramos o no - toda soberanía es hoy necesariamente compartida; que no debe – porque, además, no puede – ser excluyente; y que hay que armarse de respuestas para ello y contribuir así a la reconstrucción de Europa? Ser europeo hoy día debería querer decir *estar vacunado* contra nacionalismos atroces y mitos de purezas de sangre – Mladic sigue ahí – sin perder un ápice de nuestros orígenes personales, propios y compartidos, producto que somos de tantos movimientos de siglos que alguien se empeñó en que desconociéramos... Nos enseñaron tantas fechas y batallas, desconociendo nuestra historia de flujos, ciclos, paisajes y culturas

que ahora, con Canetti, Magris o Matvecevic habremos de recomponer.

Ser europeo tiene, por cierto, poco que ver hoy con la "iglesia" de la Unión Europea, más superestructurada e institucionalizada que vital, creada, mantenida y desarrollada desde medio siglo atrás. Pero hay que mirarla con pudor y con comprensión: porque nos equivocáramos si pensáramos que en ella no habríamos de encontrar muchas de nuestras respuestas. Hay muchísimo que aprovechar como camino que ha sido de transformación de estas sociedades, de cambio de realidades, de laboratorio humano, a pesar de aquella despreocupación y desapego constatables y de la lejanía de sus personajes añadidos a nuestro paisaje político. Miquel Martí i Pol ("L'àmbit de tots els àmbits") recordaba que *"tenim apenes el que tenim, i prou..."* Transformemos en verdad lo que tenemos en lo que tiene de camino ya trillado, de legitimidad política sentenciada y dotémosla de la fuerza y la lucidez natural de los millones de Jorges Semprún de nuestro pequeño rincón global, superador de conflictos milenarios. Por eso ser europeo hoy debería ser asumir compromisos radicales hacia adelante, y nunca hacia las terribles cavernas, vigilar y mantener viva la capacidad de indignarse, pero también la posibilidad de cierta renuncia. Queramos para Europa un pacto nuevo de legitimidad y no deconstruyamos lo logrado: ya que hemos sido afortunados, tenemos la responsabilidad – palabra olvidada en estos tiempos - de transferir complicidades a otros lugares, empezando por nuestros vecinos del sur, hermanos tan cercanos. Porque ser europeo en estos tiempos es también, y sobre todo, saber ser periférico, saber estar debidamente descolgado de todo dogma, tomar con determinación

nuestro destino con nuestras manos para hacerlo útil a otros, sin ceder a tentaciones puras o hegemónicas que jamás correspondieron y que ya no corresponden.

Blanca Vilà

Directora del Institut Universitari d'Estudis Europeus

